6905

Non vale tanto
que muera

4

HISTORIA
ICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
stados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

N JERÓNIMO BECKER

a, que acaba de ponerse á la venta, n amplio y fiel extracto los principales xamina con imparcialidad la historia eñala sus defectos y expone con minu- lles lo referente á las relaciones exte- spaña, siendo, por tanto, de gran inte- nocer de un modo exacto el aspecto o de la cuestión cubana.
en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

JESTAD CATÓLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la dias del Tribunal Supremo de Justicia, obación de la Regencia provisional del

tomos en folio, 50 pesetas.

LÓFILOS ESPAÑOLES

n completa de todos los tomos publi- esta sociedad, de que se hallan la ma- agotados.
blicados 38 tomos en 4.°—Precio, 900

en hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APENDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

MAS VALE TARDE QUE NUNCA.

PROVERBIO ORIGINAL

EN UN ACTO Y EN PROSA,

POR

M. RAMOS CARRION.

Representado en el teatro de Variedades el dia 13 de Febrero de 1871.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON P. LOPEZ.
Cava-baja, n.° 19, bajo.
Febrero 1871.

PERSONAGES.	ACTORES.
AMALIA.	*Sra. Buzon.*
CARLOS.	*Sr. Vallés.*

Madrid 5 Febrero 1871.

Este proverbio pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

Al inteligente y aplaudido actor

Don José Vallés,

dedica este proverbio como muestra de singular aprecio

EL AUTOR.

674332

ACTO ÚNICO.

La escena dividida representa dos elegantes gabinetes, ambos con chimenea. En el de la derecha un costurero, un armario bajo, sillas, marquesitas, etc. Un libro sobre el velador.—En el de la izquierda un estante con libros; un velador y sobre él una caja de cigarros.—Amuéblense de tal modo que el espectador conozca desde el primer momento que uno es el cuarto de una señora y otro el de un caballero.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA, *á la puerta.*

(*Al levantarse el telon se oye lejano el toque de tambores y panderetas.*)

Amalia. Puedes acostarte; yo me desnudaré sola.—Son las doce... creí que era mas tarde; se me ha hecho tan larga la noche!... Dichosa noche buena! Y si no hubiera sido por mi buen marqués, cuya conversacion es tan agradable, aun me habria parecido mas pesada! Calle! y se ha dejado olvidada la petaca! Pobre señor! Bien puedo asegurar que es el único amigo verdadero que me resta. Y se pasa tan bien el rato á su lado!... Si no fuera por esa manía de aconsejarme siempre que me case... Pero bah! eso bien puede perdonársele en gracia á la intencion con que lo dice! Pobrecillo!... Piensa que casada seria mas feliz! Qué error! Yo que vivo in-

dependiente, sola, dueña de mis acciones... casarme! Ja, ja, ja! Seria gracioso! — Y para qué? Para dar acaso con un marido despótico, que quisiera imponerme su voluntad en todo! No; Dios me conserve muchos años solterita... es decir, solterona. Feroz es la palabra, pero no hay mas remedio que aceptarla. Tengo ya treinta y un años, digo no, treinta y dos, digo, treinta y tres... sí, treinta y tres son, treinta y tres. A fuerza de disminuirme la edad para con la gente he llegado á dudar cuántos años tengo. Eso sí, represento menos, bastantes menos... y luego el no descubrirse ni una cana... Verdad es que con estos peinados de ahora es difícil que se vean... á no ser que encanezcan los postizos... Puedo estar satisfecha del tiempo y darle gracias. De todas las compañeras de colegio que salimos juntas al mundo, yo soy la única que me oigo llamar jóven todavía. Todas ellas están ya tan acabadas... Pero cómo han de estar! Casadas, llenas de hijos, hechas unas respetables señoras!... y aún me dicen algunas de ellas que son felices... mas felices que yo!... Ja, ja, ja! O se hacen ilusiones, ó no quieren confesar que viven soberanamente aburridas! Hoy, por ejemplo, estarán todas ellas á estas horas cenando en familia; con sus apreciables suegros y sus hijitos, que interrumpirán aquella patriarcal escena con algun llanto intempestivo ó con alguna cosa peor... Vaya, vaya! Gracias á Dios soy tan feliz que vivo sola é independiente sin que el mundo tenga otra cosa que echarme en cara que el no haber querido casarme! Porque no he querido, sino... Cuántas se habrian contado muy felices con atrapar el menos aceptable de los que me han ofrecido su mano!—Qué aburrida estoy! Qué haria yo para entretenerme! No tengo sueño! Vaya, bordaré un poco. (*Saca la labor del costurero y se pone á bordar.*)

ESCENA II.

CÁRLOS, *que entra muy abrigado.*

Carlos. Caramba! Qué frio tan horrible! Afortunadamente Francisco es el rey de los criados; me ha dejado la chimenea encendida... Bien merece que se le conceda lo que pide... Esta noche la pasará por ahí de jaleo... El dice que ha ido á cenar con su madre y sus hermanos; pero esto me importa poco... Qué noche tan aburrida y tan... Y la llaman noche buena! El Casino estaba desierto... no habia mas que dos ó tres solterones jugando... Algun casado habia tambien, pero en honor de la verdad, muy pocos; todos los que acuden allá diariamente se han quedado hoy en sus casas con sus mujercitas á pasar la noche en familia! Familia! Qué hermoso debe ser el tenerla! Pero verdaderamente á mí qué falta me hace? Vivo feliz, sí, feliz, y maldito si echo de menos esos goces del hogar doméstico que tanto cacarean los esposos que conozco.—Pues, señor, no tengo pizca de sueño; con el frio se me ha disipado completamente.—Y en el Casino estaba dormido! Si hubiese sabido que iba á despejarme así no me vengo tan temprano... Pero bah! con no acostarme está todo arreglado...—Qué hermoso es esto de poder hacer uno su santísima voluntad! Verdaderamente la libertad del soltero no se paga con nada! Y yo, bestia de mí, que estuve á punto de perderla... Cada vez que lo recuerdo me irrito contra mí mismo. Y la verdad es que aquella mujer era muy distinta de las demás; aquella mujer... sería como todas! Sí, de seguro.

Amalia. Qué pesadez tengo y qué... (*Dejando el bordado.*) Qué noche tan larga! Hoy nadie recibe en su casa; ni aun queda el recurso de aburrirse algo menos en casa de los demás!—Me acostaré?—No, para estar desvelada prefiero no acostarme. (*Empieza á jugar distraida con la petaca.*)

Carlos (*Sentado.*) En este tiempo no se vive mas que junto á la chimenea! Fumemos un cigarro! (*Lo saca.*)

Amalia. Si yo fuera hombre ahora fumaria un cigarrito

para entretenerme. (*Abre la petaca.*) Parece imposible que gasten en esto tanto dinero! Y dicen los muy pillos que no pueden pasar sin el tabaco... Cómo les gustará esto? Y verdaderamente yo hablo mal de una cosa que no he probado... cuando todos lo defienden alguna razon tendrán.—Voy á ver cómo sabe!—Ja, ja, ja! Qué capricho! Si alguien me viera! (*Lo enciende y lo chupa.—Tirándole.*) Jy... qué mal sabe!

Carlos. (*Echando una bocanada de humo.*) Qué delicioso!

Amalia. Pues señor, no me queda otro recurso para distraerme que leer un rato. Acabaré esta novela. (*Coge un libro y lee.*)

Carlos. Hombre, ya sé en qué entretenerme. (*Levantándose.*) Voy á concluir el auto de fé que comencé el otro dia. (*Coge un cofrecito, lo abre y va sacando lo que indica el testo.*) Estos son los restos mortales de mis amorosos recuerdos. Un mechon de pelo rubio! De Petra; pobre chica! Cómo me queria... parece imposible que fuese rubia... queria... á lo morena!—Aquí está el paquete de cartas... (*Abre una: leyendo.*) «Cárlos mio te aguardo, sin falta ven: mi mamá no sabe nada á las ocho, te amo, te amo no faltes, tulla tulla Petra 140 de Marco!»—Bien! Al fuego!—Esta muchacha plantaba ceros y haches con una serenidad pasmosa.—Otra que tal baila!—Mercedes!—No, esta faltaba algo menos á la ortografía, pero en cambio me faltaba algo mas á mi.—Al fuego tambien!—No sé de quién son estas! Ah, sí! (*Leyendo.*) «Mi esposo...» Al fuego, al fuego!

Amalia. Qué capítulo tan interesante!

Carlos. Una rosa seca!—La rosa que llevaba Amalia el primer dia que la ví!—Ah! Esa mujer ha sido verdaderamente mi único amor!—Cuánto la quise! Y ella... Tambien me queria; al menos así lo aseguraba... Y sin embargo, no aceptó mi mano... Afortunadamente!—Quién sabe! Tal vez habriamos sido felices!—Pero no, ella amante de la libertad, yo lo mismo; ella independiente por naturaleza; yo independiente por costumbre!... Ambos enemigos del matrimonio... y no obstante estuvimos á punto de

ser esposos... y si ella aquel dia, en que lloró tanto, no me hubiese arrancado la última ilusion, á estas horas... A estas horas estariamos aburridos el uno del otro y unidos para siempre con un lazo pesado para los dos.—Lo hecho, bien hecho está.—No he vuelto á verla desde entonces! Tal vez no se acuerda ya de mí! (*Queda pensativo.*)

Amalia. Vaya, ya se casaron! Pues señor, es mucha manía esta de que cuando un novelista quiere hacer una conclusion feliz ha de ser siempre una boda... Por qué? Yo creo que es la conclusion mas desgraciada. (*Leyendo.*) «Epílogo.»—Veamos el epílogo.

Carlos. (*Pone la rosa en el cofrecillo.*) Conservaré este único recuerdo!—Y por qué? Si todos los de las otras los ha consumido el fuego... Ah! Porque es de ella! De la única mujer á quien he querido... Sí, á quien he querido; porque ya... no la quiero, no, ya no la quiero.—Y por qué he de engañarme yo á mí mismo? Baste con engañar á los demás; baste con que crean que esa mujer me es ya indiferente... pero aquí, solo, no he de confesar que la amo todavía? Sí; no la he visto desde mi regreso... pero cuando la vea... no podré mirarla tranquilo!—Vaya, vaya, fuera recuerdos tristes! (*Pone el cofrecillo sobre la meseta de la chimenea.*) Ah! una carta! Cómo no me la habrá dado Francisco esta mañana? Y es de Antonio... (*La abre.*)

Amalia. Ay qué sentimental se va haciendo esto!

Carlos. «Querido Cárlos: recibí tu carta y tuve el mayor placer al leerla, si bien adivino en sus líneas que á pesar de tu largo viaje no estás totalmente curado de tu dolencia moral. Lo comprendo: cuando se tiene la felicidad en la mano y se nos escapa, deja siempre una herida muy difícil de cicatrizar. Procura no encontrarte con esa mujer, y acaso de ese modo logres olvidarla.»

«Yo vivo hecho un padrazo en este poblachon que me parece muy alegre, te lo juro. Tengo un hijo que nació á poco de haberte marchado á Italia, es decir, que cuenta ya trece meses... Si vieras qué hermoso es! El bastaria para que yo fuese feliz, si ya no lo fuera por completo con mi buena esposa. Sí, Cár-

los, sí; soy tan dichoso que no comprendo cómo todos los demás hombres no me envidian.» (*Dejando de leer.*) Ah! Sí; yo, yo te envidio. (*Queda pensativo.*)

Amalia. (*Leyendo.*) «Isabel vivia sola, aislada de todos. Cuando desde la ventana de su aposento, donde sus dolencias la detenian, veia en el huerto cercano á Concepcion, rodeada de sus hijos, esperando á su esposo que al llegar la abrazaba; una lágrima corria por sus mejillas (*Se enjuga una.*) y notaba el vacío en torno suyo y comparaba su existencia triste, con la de Concepcion, que al lado de su esposo y de sus hijos veia deslizarse su vida alegre y risueña. Entonces fué cuando Isabel notó la falta de ese elemento de felicidad que solamente lo constituye la familia!» (*Deja de leer.*) La familia! Verdaderamente es triste vivir sola! Si, muy triste. (*Se oyen irse acercando poco á poco las voces que cantan acompañadas de panderetas y tambores la siguiente copla con el tono peculiar á las canciones de Noche buena.*)

Dame un abrazo, cuñada,
que esta noche es noche buena,
y es noche de que se abracen
las cuñadas y las suegras.

(*Se alejan poco á poco.*)

Carlos. Qué feliz es esa gente! Desafiando el frio con su felicidad va tan contenta... Por qué? Ah! Porque tiene familia.

Amalia. Pues no estoy llorando! Esa gente me ha hecho daño con sus cantares.

Carlos. Qué tontería! Me he conmovido como un chico! (*Leyendo.*) «No quiero hablarte mas de mi felicidad, porque seria insultar tu desgracia en este punto. Paso á otra cosa. Al leer en tu carta las señas de la casa en que vives, no he podido menos de estrañar una rara coincidencia. Habitas precisamente, y no sé si lo habrás recordado, de cuando me escribias, la misma casa en que yo viví cuando soltero y en los primeros meses de mi oculto matrimonio. Probablemente ocuparás el mismo gabinete en que yo estaba de continuo, y en esa habitacion fué donde mandé abrir la puerta secreta por la cual me comunicaba con la que ya era mi mujer que vivia en

la casa inmediata.»—*Ah!*—«Cuando á la muerte del padre de mi María, que como sabes era quien se oponia á nuestro enlace, salí precipitadamente de esa, noticié en una carta al dueño de la casa que habia yo mandado abrir esa puerta y seguramente ya no existirá tal comunicacion. Vives, pues, en el cuarto testigo de aquellos dias de mi vida en que ocultaba al mundo la dicha de ser esposo de María.» (*Levantándose.*) Coincidencia mas estraña! Esta es la pared en que estaba... (*Tocándola.*)

Amalia. Sola! En verdad que esta vida es poco risueña. Sola, siempre sola! A veces... hasta tengo miedo! Sin un hombre en la casa...

Carlos. Sí, por aquí debia ser... (*Tocando la pared.*) Suena madera!

Amalia. Ah! Creí haber oido...

Carlos. Qué es esto? (*Se abre de pronto la puerta.*) Ah!... (*Entrando en el cuarto de Amalia.*)

Amalia. Ah! Ladron... (*Cae desmayada.*)

Carlos. Demonio! (*Volviendo á su cuarto y cerrando la puerta.*) Qué he hecho yo! Qué barbaridad! Pero esa señora... (*Vuelve á abrir y entra en el otro cuarto.*) Señora! Yo no soy... Ah! Amalia! Estoy soñando! Amalia! Dios mio! Si me encuentran aquí! Amalia! Vuelve en tí, vuelve en tí. Por Dios!... Yo estoy trastornado! (*Entra en su cuarto y se vuelve á salir.*) Amalia!

Amalia. Ay! (*Suspirando.*)

Carlos. Ya vuelve!—No te asustes, no soy ningun ladron. Soy Cárlos. (*De rodillas besándola una mano.*)

Amalia. Cárlos!...

Carlos. Amalia, yo... usted dispensará si... Esa puerta... yo ignoraba...

Amalia. Pero no comprendo...

Carlos. Te has asustado mucho?—Digo, se ha asustado usted mucho, verdad?

Amalia. Sí, mucho, al ver... así, de pronto!

Carlos. (Qué hermosa está!)

Amalia. Pero esa puerta...

Carlos. Dá á mi cuarto!

Amalia. Cómo!

Carlos. A mi cuarto, sí.

Amalia. Ay! Y qué cuarto tan bonito... (*Transicion.*) Y usted, cómo se ha atrevido!...

Carlos. Yo ignoraba que existiese tal comunicacion.

Amalia. Cualquiera diria que esto era cosa de comedia!...

Carlos. Seguramente. (Está hermosisima!) Se ha asustado usted mucho...

Amalia. Ay! Si, muchísimo... al ver á usted aparecer así de pronto y de una manera tan estraordinaria y despues de tanto tiempo...

Carlos. Creyó usted que era mi sombra que se le aparecia para pedirle cuentas?

Amalia. Cuentas, de qué?

Carlos. Es verdad! Entre nosotros ya no hay pendiente ninguna... se rompieron todas.

Amalia. Ya haria un año que no nos veíamos!...

Carlos. No, Amalia, no. Catorce meses. El 20 de Octubre fué; rocordaré esa fecha toda mi vida.

Amalia. Es verdad! Yo tambien la recuerdo!... Pero por Dios, estamos tan tranquilos hablando y en casa de usted...

Carlos. No; no hay nadie...

Amalia. Peor que peor. Hágame usted el favor de retirarse... mis criados duermen...

Carlos. Precisamente por eso debo quedarme aquí.

Amalia. Cómo!

Carlos. Haré á usted compañía... como en otro tiempo...

Amalia. No, Cárlos, no; mi situacion es muy violenta; hágame usted el favor de retirarse...

Carlos. Amalia!

Amalia. No; no es echarle de mi casa...

Carlos. Es una cosa muy parecida.

Amalia. Yo se lo ruego!—Pero no acabo de comprender esa puerta...

Carlos. Esta carta se lo esplicará. (*Dándosela.*) Léala usted.

Amalia. «Querido Cárlos: Recibí tu carta y tuve el mayor gusto al leerla, si bien adivino en sus líneas que á pesar de tu largo viage no estás totalmente curado de tu dolencia moral. Lo comprendo: cuando se tiene la felicidad en la mano y se nos escapa, deja siempre una muy difícil de cicatrizar.» (Ay! ya lo creo!) «Procura no encontrarte con esa mujer y acaso de ese modo logres olvidarla...»

Carlos. Sabe usted quién es esa mujer?
Amalia. (*Contrariada.*) Bien; pero no comprendo...
Carlos. Siga usted, siga usted leyendo. (*Amalia continúa leyendo.*) (Ah! Dios mio! Por qué me encuentro tan feliz á su lado? Por qué la quiero todavía? Me pegaria de cachetes!... Ah! Una petaca! Quién habrá estado aquí!) Amalia!
Amalia. (*Devolviéndole la carta.*) Casualidad mas rara no podria darse; repito que parece cosa de comedia.
Carlos. Amalia!
Amalia. Qué quiere usted?
Carlos. De quién es esta petaca? (*Incomodado.*)
Amalia. Hombre! Y á usted qué le importa?
Carlos. Ah! Es cierto... usted dispense... (De quién será?) De quién es esta petaca?... (*Muy amable.*)
Amalia. Si es curiosidad, estoy dispuesta á satisfacercerla... Es de mi viejo marqués...
Carlos. Cierto! Es su cifra!... Creí...
Amalia. Qué habia usted creido?
Carlos. Que sería de otro.
Amalia. Y bien; si lo fuera, qué tendria de estraño?
Carlos. De estraño! Nada! Es verdad! Todas ustedes son iguales.
Amalia. Cómo!
Carlos. Nada, nada.
Amalia. Segun esa carta, ha estado usted viajando...
Carlos. Trece meses! Y ya siento habérsela dado á leer á usted.
Amalia. Por qué, Cárlos!
Carlos. Porque ha descubierto por ella una flaqueza mia, una debilidad... Ha descubierto usted que ni mi empeño obstinado de conseguirlo, ni los viages, ni el tiempo han logrado que yo olvide á la única mujer que he querido... Amalia, has descubierto que á pesar mio... te quiero todavía!
Amalia. (Ay! ay! Esto se pone malo!) Hágame usted el favor de irse á su casa...
Carlos. Amalia!
Amalia. Cárlos, por Dios; si esto se supiera... (*Yendo*

hácia el cuarto de Cárlos.) Pero qué habitacion tan bonita!...

Carlos. Te gusta, eh? Entra, entra y verás...

Amalia. No; gracias, gracias... (Qué tranquila está una al lado de un hombre!) Y qué estaba usted haciendo solo en su casa esta noche?

Carlos. Dónde habia de estar? No tengo familia...

Amalia. (Lo mismo que yo!)

Carlos. Estaba triste, muy triste...

Amalia. (Lo mismo que yo!)

Carlos. Luego pasó por ahí gente cantando y riendo, y yo al verme solo me entristecí mas.

Amalia. (Ay! Lo mismo que yo!...)

Carlos. Ahí estaba aburrido, sin saber qué hacer... leyendo... fumando...

Amalia. (Lo mismo que yo!)

Carlos. Y tú?

Amalia. Yo estaba leyendo; luego me cansé, y... despues sin saber por qué, al verme sola, me entró un miedo que... (Pero qué tranquila se está con un hombre al lado!)

Carlos. Y se te ha pasado ya el susto?

Amalia. Sí, completamente...

Carlos. No me perdonaria el haberte asustado...

Amalia. Asustarme, sí! Es claro, al verte así, de pronto...

Carlos. Verte! Has dicho verte!

Amalia. Sí; por qué?

Carlos. Ay! Me tutea, me tutea!

Amalia. Pero hombre, no parece sino que nunca te he llamado de tú!

Carlos. Gracias, gracias... Amalia mia!

Amalia. (Malo, malo!) Vete á tu cuarto...

Carlos. Esta noche me he acordado tanto de tí!

Amalia. Embustero!

Carlos. Quieres la prueba? Vas á verla. (*Va á su cuarto y coge del cofrecillo la rosa que antes sacó.*)

Amalia. Pobre Cárlos! Verdaderamente no merece lo que le he hecho sufrir!... Cuánto me quiere!

Carlos. Mira, mira. Conoces esta rosa?

Amalia. Yo no!

Carlos. No recuerdas esta cinta? La llevabas puesta la

noche en que nos separamos... Bendita sea! (*La besa.*)

Amalia. Ay! ay! ay! Vete á tu cuarto, vete. Mañana nos veremos, pero por la otra puerta; esa es necesario cerrarla...

Carlos. No, Amalia, no; lo que es necesario es tirar el tabique...

Amalia. Cómo!

Carlos. Sí; de las dos casas hacer una, una sola. Si tú me quieres todavía, si conservas algo de aquel amor que jurabas tenerme... No respondes? Vamos, contesta... dí algo...

Amalia. Pero qué quieres que te diga?

Carlos. Es verdad, no es preciso, me lo estás diciendo con los ojos...

Amalia. Hombre, tú te lo dices todo...

Carlos. Qué feliz soy!

Amalia. Yo tambien; pero... vete!

Carlos. Sí; ahora sí que me voy... Mañana vendré á verte...

Amalia. Por la otra puerta...

Carlos. Amalia. (*La besa la mano.*) Adios... hasta mañana...

Amalia. Adios, Cárlos, adios.

Carlos. (*Volviendo de pronto.*) Me quieres?

Amalia. Vaya una pregunta!

Carlos. Hasta mañana!... Adios... (*Entra en su cuarto y cierra la puerta. Amalia se queda mirando.*) Que no tengas miedo! (*Saliendo de pronto.*)

Amalia. No, no; descuida. (*Cárlos cierra la puerta. Amalia corre detrás el armario.*)

Carlos. Yo creo que estoy soñando! Me quiere! me quiere!

Amalia. Ay! Qué tranquila me he quedado! Y yo ciega de mí que no queria comprender... Razon tenia el novelista al acabar con una boda!...

Carlos. Qué feliz soy! Dios mio! Qué feliz soy!... Me están dando ganas de salir por esas calles diciendo á todo el mundo: señoras, caballeros, vean ustedes un hombre dichoso, completamente dichoso, que no envidia á nadie, que no se cambiaria por nadie, que no... (*Transicion.*) Vaya, me voy á la cama! (*A cada*

frase de las anteriores apaga una de las velas. Despues coge una palmatoria.)

Amalia. Voy á acostarme! (*Hace lo mismo.*)

Carlos. (*Volviendo de pronto al proscenio.*) Solterones: vosotros, los que por no haberos casado antes creyendo que era pronto, no quereis casaros despues por creer que ya es tarde, no olvideis aquel refran que dice: «*mas vale tarde que nunca.*»

Amalia. A vosotros os lo dice, solterones; entendedlo vosotras, solteronas. (*Cárlos mira hácia la puerta, le echa un beso y se va.*)

FIN DE ESTE PROVERBIO.

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PROLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 49—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 145 á 147)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID